—¡No, papacito!

—¡No te mates, papá!

—¡Mamá, mirá á mi papá que quiere matarse!

—¡Eh, largo de aquí!—dice Don Prudencio, viendo que los muchachos le impiden terminar su pantomima.—¿Quién les mete en lo que no les importa?

Y espera que su muger suspenda su llanto y venga á arrebatarle de los brazos de la muerte.

Pero lejos de eso, Doña Merced se quita el delantal de los ojos, y con una sonrisa entre despechada é irónica, dice á sus hijos:

—Déjenlo, no hay loco que coma lumbre, y ademas, que no tiene pistola para *darse el tiro.*

¡Anda, sinverguenza! Eso es lo que te gusta: asustar á los niños y darme mortificaciones—añade dirijiéndose á su marido:—mejor fuera que te midieras un poquito conmigo para evitar estos escándalos.

El tono de Doña Merced ha cambiado muy favorablemente para Don Prudencio. Es ya

no un reproche, sino una amistosa reconvencion.

Don Prudencio se conmueve y finje llorar, y entre tanto Doña Merced *se suena* y sale del cuarto.

A la puerta de cada vivienda están asomados los vecinos, sacando la cabeza con curiosidad, y al ver aparecer á Doña Merced *unos* se ocultan y *otras* entablan mil diálogos por el estilo de este, aunque todos en voz baja:

—¡Qué vida! ¿no, vecina? Es para morirse.

—¡Ay Dios! Yo con una semana así, *iba* á dar á Santa Paula.

—¡Pobre muger!—dice otra vecina á la que tiene mas cerca.

—No, si es ella la mala con su marido. Como es tan *rasca-rabias,* él no la puede sufrir. ¡Bendito sea *el Señor,* que yo y *aquel* vivimos en paz!

Y Doña Merced va entre tanto al cuarto de su amiga la de enfrente, y le pide un real prestado para las tortillas, mientras las vecinas la observan con asombrados ojos.

—Sea por Dios, Dollita—le dice aquella—¡qué trabajo es vivir así!

—¡Qué!—contesta Doña Merced—si ya está como una seda. Si no fuera porque ya le sé el modo, me iria muy mal; pero en cuanto veo que me va á regañar por algo, suelto las lágrimas, y á poco rato se da de santos con que me contente, y no se acuerda del principio de la cuestion. Si no, ahora se hubiera enojado porque gasté lo de las tortillas y hubiera *armado una trifulca* que solo le digo.

—Pues será lo que usté quiera, pero yo estoy en las mias: es muy triste que vivan los casados como perros y gatos.

III.

VARIACION TERCERA.

(*Llave de* SOL; *compasillo; tono,* DO NATURAL, *es decir, sin* ACCIDENTES; *tiempo de polka.* ALLEGRO.)

—Mira, hija, qué bonito *corte* te compré en el cajon. ¡Si parece de seda! ¿Te gusta?

—¿No me ha de gustar? ¡Si está precioso!

—Es para que lo hagas para el dia de tu santo. Verás qué bien *te sale* este color de paja, adornándolo de *encarnado*, con tu colorcito moreno. ¡Ay! Ya no veo la hora de que hagas el vestido.

—¿Y tú, qué compraste para tí?

—Para mí, nada: ya ves que hay bastante con la ropa que tengo. Estando tú vestida como la gente, poco me importa mi persona.

—¡Oh! ¿Ya lo ves? Siempre haces lo mismo, por mas que te advierto que no quiero que me compres nada, si tú no te haces un vestido. Eso no está bueno, y me disgusta mucho.

—No, vida mia, si yo tambien me compré algo. Ahora lo verás.

Y Manuel saca de la bolsa trasera de la levita un rollo envuelto en un papel.

—¿A que no adivinas qué es?—dice á su muger, levantando en alto el brazo para que ella no pueda tomarlo.

—Será una corbata, cuando mucho.

—No aciertas—dice Manuel sonriendo.—

Y vaya que es una cosa que te agradará, porque hace tiempo que estabas deseando que la comprara.

—Pues no se me ocurre; ya ves que soy muy torpe para adivinar. A ver, trae acá.

Concha se levanta y pugna por alcanzar el rollo que Manuel tiene en la mano, hasta que este se lo deja sorprender, y Concha corre á un lado y desenvuelve media docena de pañuelos blancos.

—¿Ya lo ves?—dice á Concha despues de darle un beso en la frente.—No me he olvidado de mí; pero quiero que marques estos pañuelos con tus iniciales, para traerlas siempre conmigo.

—¡Sí!—responde Concha—eso lo haces para que yo los use. No me la pegas.

—Y suponiendo que así fuera, ¿qué tendria de particular? ¿No uso yo los tuyos algunas veces? Conque anda, acéptalos como mios, y déjate de escrúpulos. Ya sabes que tengo mucho gusto en complacerte; compláceme tú en esta ocasion.

—Pero así salimos con que para tí no trajiste nada.

—No, porque de estos seis pañuelos, cuatro solamente serán para tí, y yo usaré todos los restantes—contesta Manuel haciendo una caricia á su esposa.

—Bien está: paso por ello; pero con la condicion de que de tu sueldo del dia primero te compres algo para tí, y no me vengas con lo de costumbre.

—Te lo prometo.

*
* *

—¡Mamacita, mira qué buen dulce he comprado al salir de la escuela! Toma la mitad, y guárdale á papá la otra mitad.

—No, hijo, le guardaré á tu papá un poco, y de ahí comeremos los dos.

—Pero si yo lo quiero..... ¿por qué no quieres tomar lo que te doy?

—Porque á nosotros no nos gusta el dulce tanto como á tí, y no quiero que te prives de él por dárnoslo.

—Pero si yo ya comí, mamacita, y está muy bueno. Por eso quiero que vdes. lo prueben.

—Pues siendo así, lo tomo.

—¡Ay, qué bueno! Ahora, en pago de mi dulce, dame un beso.

Y Concha dá á Enrique, gracioso niño de seis años, el beso que solicitaba; no como premio de su regalito, sino como un nuevo obsequio que recibe de los labios de su hijo.

—¿Mamá?—dice Enrique inclinando la cabecita á un lado, y viendo á Concha con cierta timidez.—Voy á pedirte una cosa; pero no me la vas á negar.

—Segun sea lo que me pidas.

—No, si te lo pido no mas porque no me regañes, porque lo que te voy á pedir es mio; pero no quiero tomarlo sin tu permiso.

—Pues bien, ¿qué es?

—Pero ¿me has de dejar hacer lo que quiera con lo que te voy á pedir?

—Si puede ser, ¿por qué no?

—Bueno; te voy á contar antes, para que te dé lástima como á mí me ha dado.

Y el niño, colocando los brazos sobre las rodillas de su madre, y viéndole á la cara, empieza su relato de esta manera:

—Mira, mamacita: el portero está muy pobre, y dizque no gana tanto dinero como papá; y por eso lo ves tan mal vesttido y cosiendo zapatos viejos á la puerta de su cuarto.

Ese niño que sube á jugar conmigo algunas veces, tan rotito y tan sucio, es su hijito; y siempre que compro alguna cosa delante de él, me mira con unos ojitos tan tristes, tan tristes, que algunas veces le doy mi dinero y ya no compro nada, diciéndole que es para que gaste en lo que quiera. Pero el pobrecito, en vez de comprar, se lo lleva á su padre, y el pobre hombre viene y me abraza y me hace cariños, diciéndome como si quisiera llorar: ¡Dios te lo pague, niñito, y haga que nunca les falte que comer á tus *papás!*

Pues bueno; desde hace tres dias, el muchachito no está sentado en la puerta; y como yo lo habia extrañado, le pregunté al portero por él, y ¿qué piensas que me dijo? ¡que estaba malo de calentura! Me dió tristeza y le dije

que me llevara á verlo; pero ¡ay mamacita! si vieras qué cuarto tan feo el del portero!..... No tienen ni mesas, ni sillas, ni nada. Un cantarito con agua en un rincon, tapado con un jarrito, y un petate hecho pedazos en que está el muchachito acostado, tapado con las enaguas de su madre.

—Pues bien—continúa Enrique en voz mas baja, retirándose un poquito de Concha y viendo el suelo con la mirada húmeda—quiero que me des una sábana de las mias y mi colcha viejita para dárselas al pobre muchachito, porque si yo estuviera así, y tú y mi papá no tuvieran con que taparme.....

Enrique se pone el brazo derecho en los ojos, y suelta el llanto que le impide continuar hablando.

Concha le estrecha sobre su corazon, y llorando tambien de felicidad al ver la exquisita sensibilidad y el buen corazon de su hijo, le cubre de besos y caricias diciéndole con acento afectuoso:

—Sí, hijo mio; le darás todo cuanto quieras, y aliviarás de ese modo su miseria. De

hoy en adelante tú socorrerás á la familia del portero, para que las bendiciones que de ellos recibas alcancen la proteccion de Dios para nosotros.

En ese momento aparece Manuel en la puerta de la habitacion, é informado de lo que pasaba, tomó á su cargo la curacion y la asistencia del niño enfermo, proporcionando despues otra ocupacion mejor á su padre.

¡Felices los esposos que saben conservarse el cariño que los llevó al altar, y que dan á sus hijos una educacion que los haga útiles á la sociedad!

¡Bien hayan los padres que enseñan á sus hijos la práctica de la virtud, y no ponen á sus ojos el mal ejemplo de un matrimonio desunido por la imprudencia y las malas pasiones!

¡Bendito el hogar en que no resuenan palabras producidas por la ira, sino que es consagrado por la expansion de corazones amantes y virtuosos!

IV.

VARIACION CUARTA.

(*Llave de* DO *en* CUARTA; TRES BEMOLES; *tiempo de* MARCHA. FUGA.)

Se trata nada menos que de Juan y Toña, que se casaron *al principio de este artículo*, como quien dice: "al principio de las aguas."

Juan, hace tiempo que no es el mismo de antes, ni cosa que se le parezca.

Fué despedido de la casa en que servia, porque ya *no servia* para maldita de Dios la cosa, y se daba unas empulcadas de padre y muy señor mio.

¿Y por qué se habia dado Juan á la *beberecua?* Vamos á verlo.

Cierto dia, Juan tuvo la tarde libre porque la familia de su amo no quiso salir al paseo en el coche, y el cochero juzgó prudente ir á dar una vueltecita por su casa.

Llega á ella, y se encuentra de manos á

boca con un simple advenedizo, que parado junto á la puerta hablaba mano á mano con Toña, que estaba un poco mas adentro.

El advenedizo abre tamaña boca al ver á Juan, y Toña cambia su color apiñonado por los siete colores *del iris;* indicio mas que suficiente para que su marido creyera que allí habia habido *tempestad.*

Toña tosió, se compuso el rebozo, escupió, y volvió á toser aturdida con la repentina presencia de su esposo; y el que la acompañaba se quedó como tonto en vísperas.

Viendo Juan que lo que pasaba era muy raro, permaneció mudo, apretando los dientes y los puños, hasta que el interlocutor de su muger logró serenarse un poco, y le dijo sin que se lo preguntara:

—Estaba informándome con la niña, si no sabia donde vive un hombre que hace peines de *cuerno.*

—No, amigo, por aquí nadie comercia en *eso*—respondió Juan haciéndose un esfuerzo para ocultar la sospecha vehemente de la infide-

lidad de su muger, que se le habia puesto entre ceja y ceja.

El desconocido se retiró sin despedirse, y Juan entró á su casa taciturno y mal encarado.

Toña ni siquiera le preguntó por qué no habia sacado el coche á paseo.

Lo que pasaba á Juan era muy gordo para que le pudiera salir del cuerpo; así es que meditó el modo de convencerse de su deshonra, aunque la actitud confusa de su muger y el que no le hubiera recibido como solia, de amable y festejosa, le demostraban bastante la realidad de su desgracia.

Desde aquel dia, el desventurado cochero buscó alivio á sus penas en el pulque, y la frecuencia de sus libaciones le granjeó que su amo le despidiera del servicio.

Quedó *desocupado*, y pasaba el dia en la pulquería hasta las horas de comer y de dormir, en que iba á su casa, no á juguetear como antes con Toña, sino á pelear con esta diciéndole palabrotas, y dándole sus quejas en un tono muy poco á propósito para hacerle aborrecer su falta.

En cambio, el *cazador de vedado* que habia cautivado su corazon, aprovechaba la contínua ausencia de Juan, para cultivar á sus anchas las relaciones que tenia entabladas con Toña, no muy platónicas que digamos.

La vida de los dos esposos era un infierno verdadero: y si al principio la infidelidad *teórica* de Toña pudo muy bien tener remedio, su marido empleó el método peor para reducirla al órden, y fué causa de que *la práctica* viniera á *coronar* la obra.

*
* *

Era el tiempo de aguas. La noche estaba *como boca de lobo*, y en el barrio en que vivia Juan, se veian ya esos provisionales puentes formados por una viga que atraviesa la calle, para que los vecinos puedan llegar á sus respectivas casas, sin echarse á nadar en los inmundos lagos de cieno en que está convertido todo el piso.

Juan estaba en la pulquería, que era su acantonamiento diurno, acompañado de algunos bebedores de profesion y del guarda que cuidaba la calle.

Llovia á cántaros; pero eran las diez de la noche, y como los parroquianos no habian de venir, el pulquero resolvió despedir á los que allí se encontraban, para cerrar su *establecimiento* mercantil é irse á dormir.

Todos dieron las buenas noches, y con los brazos cruzados sobre el pecho para abrigarse un poco, desfilaron cada uno por su lado con andar vacilante, resbalando á cada paso en el lodo, y no perdiendo pisada á ninguno de los charcos de la banqueta.

Juan salió tambien; y al llegar á la esquina de la calle, se detuvo un largo rato, contemplando á la luz del farol el mar invadeable que se extendia delante de sus ojos.

La embriaguez le impedia ver la viga susodicha, que completamente cubierta de lodo y sumerjida en el agua hasta su borde superior, se extendia de una banqueta á otra, semejándose al célebre puente Sirat de los mahometanos, delgado como un cabello y cortante como una navaja de afeitar, por donde tenian que pasar para llegar al paraíso de las huríes.

Juan lanzó dos ó tres juramentos y extendió una pierna para tantear el vado, yendo su pié á sumerjirse en el lodo frio y hediondo.

Maldijo su suerte y fué á buscar paso mas adelante; pero vió de repente que un bulto pequeño, pardo y que venia trotando en cuatro piés por la acera opuesta, rastreó un poco, y atravesó la calle con el paso que traia, sin atascarse ni nadar.

Desde luego conoció que allí debia estar el paso, y se dirijió á él con resolucion.

Estiró de nuevo la pierna hasta poner el pié en la viga, y despues de asegurarle dió un paso, y comenzó á atravesar la calle.

*
* *

Toña estaba en su cuartito desmantelado y sucio hablando tranquilamente con su nuevo

galan, sin cuidarse de que su marido volviera antes de las diez.

Ya Toña no era la muchacha robusta, fresca y seductora de antes: habia enflaquecido de una manera muy notable, y en vez de sus enaguas limpias y *compuestas*, llevaba unos girones de percal de forma indecisa, y un rebozo sucio y roto que dejaba asomar el pelo si se cubria con él la cabeza.

Se hallaba sentada en un banquito pequeño, recojida la ropa y *hecha monton*, para no mostrar á su amante toda la deformidad de su miseria; y el amante, en la única silla alta que allí habia. Un niño de algunos meses lloraba en un rincon del cuarto, acostado en un petate.

—Tú aguantas esto porque quieres; ya te lo he dicho: tu marido no puede darte mas que disgustos y mortificaciones, pues con el maldito vicio, no trabaja y no puede darte el trato que mereces.

—Pero ¿qué quieres que haga? Desde que murió mi padre no tengo ya á quien volver

los ojos, y es fuerza que sufra sus impertinencias.

—¿Y yo, Toña? ¿No te estoy diciendo que lo dejes, hace mucho tiempo? Pero parece que tú estás contenta con esta vida, y no pones nada de tu parte.

—¿Y mi hijo? ¿Cómo quieres que lo deje solito, tan *tiernito* como está, al lado de Juan, que lo dejaria morir encerrado en el cuarto mientras se fuera á la pulquería con sus amigos? ¡Ah! Si esa criatura estuviera grande, Juan no volveria á ver ni mi sombra.

El amante bajó los ojos y suspiró ruidosamente.

Juan, que iba llegando á su casa, resbaló y estuvo á punto de caer, lo cual hizo que profiriera los juramentos enérgicos que acostumbraba, y siguiera hablando solo y en voz alta hasta muy cerca de la puerta.

Toña y su amante oyeron la voz del antiguo cochero, y se dispusieron á recibirle cada uno á su manera.

El, ocultándose detras de la puerta, y ella yendo á recostarse con su hijo.

Entró Juan á la casa sacudiéndose el lodo de las piernas, y el amante de Toña se deslizó detras de él y salió á la calle sin ser notado.

Despues, Juan cerró la desvencijada puerta del cuarto, y buscó por todas partes á su rival, como si hubiera algo en que pudiera ocultarse.

En seguida sacudió el sombrero, lo puso *de canto* apoyado contra la pared para que se escurriera el agua de que iba empapado, y con voz gruñona y tartajosa por la embriaguez, dijo á Toña:

—¡La cena!

—¿Qué cena quieres que te dé? ¿Me has traido acaso con que hacerla?—respondió Toña con una voz altanera y descomedida, que olia á cuerno de á legua.

—¿Y desde cuándo no traigo? Ves que no tengo qué hacer y que es fuerza que yo coma.... y.... tú lo buscas. Dame la cena y déjate de cuentos, que hoy no estoy para aguantar.

Toña hizo un dengue demasiado significativo y no contestó.

Juan se quedó parado, con las piernas abiertas, en medio del cuarto, pudiendo apenas sostenerse, yendo y viniendo con un bamboleo *sui generis* y respirando como fuelle de herrería.

El amante de Toña espiaba por una rendija de la puerta el momento en que el desgraciado marido cayera como un tronco, para no levantarse hasta muy entrado el dia, á fin de introducirse, como lo tenia de costumbre, á la cámara nupcial.

Pero aquella noche Juan iba de un humor de todos los diablos, y resolvió reducir al órden á su muger, pues creia, con justicia, que el cambio que notaba en ella no podia venir sino de la falta del cariño, cuyos frutos aprovechaba otro mortal afortunado.

Así es que reunió toda su energía y se dirijió al sitio en que su muger estaba recostada, descargando sobre ella un verdadero aguacero de patadas, manazos é insultos dignos del oficio de que se veia retirado hacia tiempo.

Toña no esperaba aquella silenciosa acometida y recibió las primicias de la cólera de su indignado marido; pero luego se levantó gritando con voz de *soprano di forza*, y arremetió con los puños cerrados contra su infeliz marido, y en dos por tres le puso hecho una lástima de arañazos y pellizcos, que á poco mas le saca los ojos.

Juan la asió de los cabellos y tiró con todas las fuerzas de que podia disponer; pero Toña estaba en sus cinco sentidos, y enlazando una pierna á las de su esposo, dió con él en tierra echándole de espaldas, quedando libre de sus garras.

Esta operacion fué acompañada de los insultos mas del caso, no faltando entre ellos, sino antes bien ocupando el principal lugar, la palabra clásica con que las gentes del populacho designan á los cofrades de San Cornelio.

El niño lloraba hasta desgañitarse durante esta escena conyugal, y el amante sacudia la puerta para libertar á *su* Toña *de la injusta* agresion de su esposo.

Juan cayó de espaldas, y así pasó toda la noche.

Al dia siguiente fué despertado por el guarda diurno que cuidaba la calle, y que entró, porque se encontró la puerta abierta.

Toña, llevando en brazos á su hijo, habia tomado el portante despues de la riña, acompañada del amante, que desde aquel momento iba á representar *en público* el papel de Juan.

Al ser este despertado por el guarda, tenia entre los dedos un mechon de cabellos de la que fué su esposa: les dió una mirada triste, cuando se convenció de que ella le habia abandonado; los hizo una marañita, que metió en un agujero de los muchos que habia en la pared, y salió á la calle cerrando la puerta.

Al dia siguiente, en la puerta de una pulquería, se encontró el cadáver de un hombre que habia muerto ahogado por el pulque.

¡Era Juan!